

Nuevas tecnologías: choque de generaciones y teatro científico

Este artículo abarca dos fases bien diferenciadas de razonamiento. Por un lado trata de ilustrar acerca de la incidencia que el continuo avance de las nuevas tecnologías tiene indefectiblemente en las diferencias generacionales, y que esta no es una particularidad de los flamantes tiempos que vivimos, sino que es algo afín a cada momento en la historia, que es, en sí mismo, inédito. Reflexiona acerca de la globalización y las *ciber-relaciones* que sin duda están dando origen a un NUEVO SER HUMANO, a unos nuevos, nuevas jóvenes (techo-juventud). El otro plano de razonamiento está enfocado hacia la tecnología aplicada y, en concreto, empleada en el teatro como arte total a través del cual el ser humano se manifiesta y retrata desde la antigua Grecia, y que ahora debe afrontar un giro “obligado” por las nuevas tecnologías, pasando del teatro artesano al techno-teatro.

Palabras clave: Tecnología, juventud, generación, Historia, Humanidad, globalización, sociabilidad, sociedad, teatro, arte, artesanía, cine, gestión

1. Choque de generaciones

1.1 A modo de introducción: nuevas / viejas tecnologías

Es importante, necesario antes de empuñar el bisturí en la disección intelectual requerida, que divaguemos, a ser posible sin perder el norte, en el significado de lo que, curiosamente desde que la razón nos alcanza, conocemos como “nuevas tecnologías”. Nos interesa centrarnos en algunas de sus causas y efectos en las relaciones entre humanos. Y en comprobar que este calificativo de “nuevas tecnologías” es un “viejo” conocido.

Detengámonos primero unos minutos en hojear el diccionario de la Real Academia Española, lo que siempre supone un buen primer paso para iniciar futuras conjeturas y elucubraciones. En esas páginas comprobamos que la palabra *tecnología* deriva en primer lugar de un término griego cuya significación global viene a ser “tratado de arte”, y su primera acepción es la que sigue: “Conjunto de los conocimientos propios de un oficio mecánico o arte industrial”. Bien, esta es una primera pista nada despreciable, que corrobora la idea de que la tecnología es, por descontado, propia del tiempo que nos ha tocado vivir, pero también conforme a cualquier otro tiempo pasado por remoto que este sea. Llevemos un poco más allá nuestra humana curiosidad y, aunque en principio parezca una perogrullada, antes de cerrar el diccionario

asomémonos a la palabra *nuevo, nueva*. Ya está. Ya lo tenemos. El término deriva del latín *novus, nova*, y es interesante comprobar varios de los significados que allí se recogen: **1.** “Recién hecho o fabricado”; **2.** “Que se ve o se oye por primera vez”; **3.** “Repetido o reiterado para renovarlo”; **4.** “Distinto o diferente de lo que antes había o se tenía aprendido”; **5.** “Que sobreviene o se añade a una cosa que había antes”. Parémonos aquí, todas ellas nos valen y nos dan el elemento diferenciador respecto a tiempos pasados: el adjetivo es lo que hace diferentes las tecnologías de hoy de las de ayer, siendo algunas absolutamente nuevas, como denotan las acepciones 1 y 2, o derivadas o referidas a lo que antes había: 3, 4 y 5.

Pero no debemos engañarnos, esto es también una entelequia. Ahora somos modernos-modernas, nuevos-nuevas, flamantes..., pero mañana ya no lo seremos. Dentro de pocos minutos habremos abandonado ese primer puesto en el podio. Sí, por qué no decirlo, entonces seremos viejos. Hoy nos provoca la sonrisa constatar determinadas actitudes, modas y artilugios que eran el último grito hace tan solo cuarenta años, por poner un caso. Todo ello era entonces, como digo, el último grito, la modernidad, y desde allí, a su vez, sonreían ante “lo nuevo” de principios de siglo, por poner otro entre miles de ejemplos posibles. Y esto puede, debiera llevarnos sin complejos hasta el principio de los tiempos; a ese luminoso instante de inspiración o de instinto (antes aletargado) en que un animal toma la decisión de deshacerse de las apretadas ataduras de la naturaleza para, a partir de ese momento, seguir a su manera las leyes de ésta. Para tratar de llevar las riendas. Es el inicio de la evolución que nos llevará a todo lo demás en un devenir ya sempiterno de éxito y fracaso que, de momento, ha convertido a aquel remoto animal en el ser humano que hoy es. Y en este punto es adecuado recordar una de tantas máximas de Hegel, para quien la historia es el progreso de la conciencia de libertad. Desde ese insensato animal que resolvió disgregarse de su condición subordinada para evolucionar, desde esa bestia hasta esta otra que somos.

Todo lo anterior, además de alertarnos acerca de otras muchas cuestiones, nos advierte de que al balcón de la Historia hay que asomarse sin prejuicios. Teniendo claro que el momento de la misma en el que nos sumergimos, en ese instante en que lo vislumbramos, no tiene todavía futuro escrito. Es hasta entonces inédito. Esta es la única manera de comprobar y aprender lo que en su justa medida fue cada cosa. La Revolución Francesa, 1789. Debemos abstraernos. ¿Cómo era la sociedad a finales del siglo XVIII? Lo que está claro es que, en numerosas cuestiones, era sin duda mucho más complicada de lo que es hoy en este preludio del XXI. Entre otras cosas, el sistema de información era más que raquítrico comparado con la infinita red de posibilidades con la que hoy, queramos o no, contamos. La toma de la Bastilla no se llevó a cabo a golpe de SMS (“el 14j asaltamos la Bastilla a las 9h. Pásalo”). Una práctica tan extendida hoy, y que resulta insultantemente ridícula trasladada a ese momento caracterizado por la comunicación primaria, además de por otras cosas que en este particular no vienen al caso.

En el ocaso del siglo XVIII no puede hablarse aún de comunicación a larga distancia, que comenzarían a despuntar en la siguiente centuria. No, no había sistema alguno que permitiera esa comunicación a distancia de manera medianamente rápida. Los Edison, Bell, Marconi, Hertz, e incluso sus antecesores inmediatos, estaban aún por llegar. Con la electricidad recién vislumbrada. Sin telégrafo, ni por supuesto teléfono, ni radio, ni cualquier medio de transporte que permitiera recorrer un considerable número de kilómetros en un aceptable margen de tiempo, la comunicación previa y posterior de los acontecimientos quedaba reducida a un entorno casi doméstico. Muy restringido.

De haber tenido la suerte o la desgracia de contar con las herramientas tecnológicas de las que hoy nos beneficiamos, podemos afirmar de forma categórica que la historia de Francia de finales del XVIII hubiera sido bien distinta; y al contrario, ya que la reflexión es flexible y reversible: de tener ahora, en este 2011 ni siquiera soñado por Stanley Kubrick, por Arthur C. Clarke, de tener los atrasos (hoy así los vemos) de aquel 1789, estaríamos escribiendo otras verdades en los tomos correspondientes a la Historia Contemporánea (nuestra "historia contemporánea", que para aquellos la suya también fue tal).

1.2 Nuevas tecnologías, nuevos peligros

Este es, pues, en síntesis, el descomunal poder de la comunicación. Mágico y difícilmente comparable con cualquier otro. Vivimos hoy en la Sociedad de la Información; con unas posibilidades al alcance de cualquier ciudadano que hace tan solo 15 años eran pura y dura ciencia ficción, y eso nos ha abierto un abismo de posibilidades de todo tipo, sin duda, y en gran medida, extraordinariamente positivas. Pero ese abismo tiene filo por ambos lados de la hoja. Por la misma razón que con solo pulsar un botón podemos llegar hasta donde no habíamos sido capaces de sospechar, por eso mismo, perversa paradoja, nos acechan hoy peligros nuevos que asaltan nuestro domicilios como fantasmas; que muchas veces son difíciles de palpar; para los que nuestra intimidad es una bolsa de palomitas en la oscura sala de un cine.

Esta es *La era de la información* a la que el sociólogo Manuel Castells ha dedicado una apasionante y reveladora trilogía homónima, además de buena parte de su extensa obra, donde señala que la "revolución tecnológica" que tiene como núcleo esas tecnologías de la información, ha permutado de forma acelerada la base material de esa sociedad de tal manera que "las economías de todo el mundo se han hecho interdependientes a escala global, introduciendo una nueva forma de relación entre economía, Estado y sociedad en un sistema de geometría variable" (Castells, 1996)⁽¹⁾. Como hemos dicho más arriba, esto ocurre tanto para bien como para mal, y, a fecha de hoy, nada menos que tres lustros después de estas aseveraciones, puede decirse que, si tenemos en cuenta la omnipresente crisis que ya de largo atenaza al planeta, un trance global como nunca antes se ha vivido otro, y las causas que la provocaron

(1) Castells, M. (1996). "La era de la información. Vol. 1 'La sociedad red'". Alianza editorial. Madrid

y que la han difundido a gran velocidad por todo el mundo, el testimonio de Castells cobra un valor mucho más especial. Hasta que no se han dado las nuevas circunstancias no hemos valorado en su magnitud el alcance de lo que el investigador nos estaba diciendo.

Estamos, pues, interconectados y nadie se salva. Lo que ocurre en un extremo del Globo, afecta de forma puede decirse que inmediata al margen contrario. Habitamos en un momento único por muchas razones. Cualquiera puede haber tenido (puede tener) la oportunidad de haber estado en cualquier confín de la tierra, coexistido en el seno de culturas con costumbres y hábitos radicalmente opuestos a los suyos, incluso arraigado en esos lugares distantes y no en pocas ocasiones inverosímiles para lo que es nuestra existencia diaria. Esa es la que moverse a cualquier lugar ya es un hábito extendido hasta el punto de que carece de la más mínima importancia. Viajar de Madrid a Barcelona en coche, a través del puente aéreo o, ahora, en AVE. De Madrid a Nueva York en ocho horas; de Madrid a Londres en dos horas y media, igual que a Roma, y a París en algo menos de dos, y a Moscú en cinco, y a Shanghai en doce. En menos de un día podemos estar físicamente en cualquier punto del mundo. Y virtualmente en un segundo. Con el correo electrónico, las videoconferencias, las redes sociales...

Qué no habría dado Leonardo da Vinci que tan penosos viajes tuvo que afrontar entre Florencia y Venecia y Milán y Roma... Largos... Y qué no habría dado Leonardo por ver un avión partiendo en dos el cielo; ver la elipse de la superficie terráquea desde el azul. El artista, paradigma del Renacimiento (pintor, escultor, arquitecto, ingeniero, anatomista, dramaturgo, músico, etc., etc., etc.), además de en los caminos, se dejó mucha vida en los talleres ideando artilugios que le permitieran algún día atravesar el aire. Libre. Él observaba largamente a los pájaros, con paciencia, y su memoria sublime le permitía recordar más tarde, en la soledad de su estudio, cada uno de los movimientos que aquellos animales ejercitaban para vencer la gravedad. Él mismo se tenía por un "intérprete entre la naturaleza y los seres humanos", y mediante esta continua interpretación de la misma, como nos recuerda el físico Fritjof Capra, forjó las premisas de lo que en la actualidad se conoce como "método científico", por sí solo un enfoque práctico de la ciencia (con las nuevas tecnologías de entonces -s. XV-XVI- como comodín a su servicio) y, ahí es nada, un siglo antes que Galileo y Bacon (Capra, 2008)(2). ¡Qué no habría dado Leonardo por verlos plateados allá arriba, los aviones, por ocupar uno de sus asientos de ventana! La Historia es injusta tantas veces... Tantas personas han vivido en épocas equivocadas...

1.3 El continuo devenir de los tiempos modernos, de los saltos generacionales

Y este es el momento preciso para una frase: "*Modern times. A story of industry, of individual enterprise. Humanity crusading in the pursuit of happiness*". ¿Dónde encuadramos este enunciado? ¿A qué pertenece? ¿A

(2)
Capra, F. (2008). "La ciencia de Leonardo". Editorial Anagrama, Barcelona

la época de Leonardo? ¿Al presente? Podría referirse a cualquiera de estas dos etapas de la Historia. Aunque no se habla propiamente de industria hasta el siglo XVIII-XIX, cuando estalla en forma de Revolución en Inglaterra y de ahí se extiende como una palmera de fuegos artificiales al resto del occidente de Europa; a pesar de que hasta entonces no se habla de industria, podría tratarse de cualquiera de las dos eras formuladas. También de la de Da Vinci, sí; o de casi cualquier otra. Desde que disfrutamos como especie el más mínimo uso de razón, tuvimos claro que necesitábamos modificar, en nuestro beneficio, las materias primas que nos brindaba la naturaleza. Siempre, desde ese momento de luz inteligente, fue así, aunque la explosión de mediados del dieciocho y principios del diecinueve, desconocida en su magnitud desde la Edad de Piedra, transformó de cabo a rabo y en muy poco tiempo histórico la manera de vivir y de relacionarse conocida hasta entonces. La economía, la cultura, la tecnología (ciencias aplicadas) o las relaciones sociales, transformadas profundamente debido a la evolución definitiva de la producción industrial, pasaron a ser las protagonistas interrelacionadas de un nuevo orden.

Pero volvamos a la frase: “Tiempos modernos. Una historia sobre la industria, sobre la iniciativa individual. Cruzada de la Humanidad en busca de la felicidad”. Sí, podría referirse a casi cualquier época de esa Humanidad que menciona, pero concretamente corresponde al año 1936. De esa manera, con esa sentencia, se abre precisamente la película *Tiempos Modernos* de Charles Chaplin; la última en la que ejerció de Charlot, la de la gran *Smile* y los bellos ojos de Paulette Goddard. Primera mitad del siglo pasado, y la cinta reflexiona sobre la supervivencia del ser humano en una sociedad moderna e industrial. El ambiguo rol de aquel en esta. Las nuevas tecnologías aplicadas a la producción en un momento histórico definido en que los tiempos eran también (como son ahora) indudablemente “modernos”.

Y lo nuevo que define cada época, las “nuevas tecnologías” de cada momento histórico, son requeridas, o mejor, asumidas por la juventud con naturalidad. Los mayores, las mayores, las personas ya adultas, aunque obligadamente saquen también partido de sus beneficios (de lo contrario estarían en fuera de juego dentro de una sociedad cambiante y voraz), en general no las toman como un avance de su tiempo, sino como lucro que toman prestado de las generaciones que por detrás van llegando (que ya han llegado), y que son las que en realidad les procurarán las aplicaciones eficaces ineludibles para seguir prosperando en lo moderno; para que las sociedades venideras sigan siendo, asimismo, y progresivamente, modernas. En este sentido que exponemos, los mayores, las mayores, y siempre fue así, tienden a estancarse en pro del sosiego que deriva de la comodidad. De la estabilidad y el equilibrio. Esto es regla general que, como cualquier norma, por supuesto, está abierta a excepciones.

Por el contrario, el joven busca, la joven busca. La muerte aún queda lejos, si es que está por alguna parte. Son inmortales y la vida no viene a ser otra cosa que un juego. Trepidante. Intrépido. No ven el peligro. No serían jóvenes si lo vieran.

De nuevo recurrimos a la Real Academia, que nos ha ayudado a dar el primer paso en firme en este cúmulo de reflexiones que no queremos convertir en una divagación sin rumbo ni sentido. Y ahora le toca el turno a la palabra “adolescencia”. ¿Cuál es su significado en el diccionario de la RAE?: “Edad que sucede a la niñez y que transcurre desde la pubertad hasta el completo desarrollo del organismo”. Bien, en principio parece que la respuesta únicamente se refiere al aspecto biológico del individuo. Al desarrollo físico natural del ser de esa cierta edad. Y nos da una pista para avanzar en nuestro análisis: deriva del término latino *adolescencia*. Probablemente no son pocos los que considerarían, eso sí, erróneamente, que “adolescencia” tiene una estrecha relación con el verbo “adolecer” (del antiguo “dolecer” y del latín *adolescere*), que tiene como significados: **1.** Causar dolencia o enfermedad. **2.** Caer enfermo o padecer alguna enfermedad sin descanso habitual. **3.** Tener o padecer algún defecto. **4.** Compadecerse (sentir lástima). Los puntos 1, 2 y 3 parecen muy acordes con la apreciación general que se tiene de la adolescencia: esos chicos ignorantes y alocados. Desabridos con quienes no forman parte del cerrado grupo al que pertenecen. Irrespetuosos. Que sufren universos ante la incompreensión. Etc., etc., etc. Pero no es así. Adolescencia no nace de adolecer. No hay nada que les haga depender el uno del otro a pesar de su proximidad sonora (que es la que en definitiva induce al error). La verdadera etimología de la voz latina *adolescencia* es otra: el verbo *adolesco*, cuyo significado es *crecer; robustecerse*. Exacto, los adolescentes están en ese largo y complejo proceso de aprendizaje, de formación física e intelectual que les llevará hasta la madurez. Pero aún en ese mundo adulto continuará la evolución, la fase de perfeccionamiento persistirá de por vida.

Decíamos más arriba que la juventud, la adolescencia, busca y busca sin temor al peligro. Están siempre hambrientos de cambios, y los cambios que supone “lo nuevo” son por tanto absorbidos sin problemas y por natura por ellos, por la juventud y la adolescencia; las de ahora y las de 1400, igual que la hierba consume la nieve de la noche; y al amanecer hay un nuevo paisaje, un nuevo horizonte. Blancos.

Y es esa aceptación sin trabas, con gusto de lo hasta entonces insólito, lo que les convierte en Hombres Nuevos y Mujeres Nuevas (en los *Novum Sapiens* que antes fueron sus padres y, antes que éstos sus abuelos, y que serán sus propios hijos). Eso es lo que hace insalvable el salto generacional. Nuestros padres crecieron en una época distinta de la de sus padres, y, antes, nuestros abuelos estrenaron una era que sus padres no habían vivido. Nosotros pertenecemos a una nueva clase de hombre (a una raza distinta dentro de lo humano; de la especie que nos iguala), distinta a la de nuestros progenitores, y bien diferente a la de nuestros hijos; y, muy probablemente, también opuesta a la de los hijos de nuestros hijos... Ese rango de nuevos hombres y nuevas mujeres que la juventud va adquiriendo axiomáticamente en cada época, obliga al salto entre generaciones. A la coexistencia en distintos niveles y, por tanto, condenada a la falta de entendimiento. Al repetido conflicto. Es un muro lo que los separa, una pared que únicamente puede salvarse mediante la comprensión de la realidad del otro y la igual cesión de terreno.

1.4 Nuevos Hombres, Nuevas Mujeres. Ciber-Hombres y Ciber-Mujeres

Y aunque viene ocurriendo desde siempre, quizás la situación actual al respecto sea mucho más evidente. Un, una adolescente de quince años puede decirse no solo que es un Nuevo Hombre o una Nueva Mujer, sino, más aún, que son *Ciber-Hombres* y *Ciber-Mujeres*. Sus relaciones afectivas, entre los miembros del grupo, no se entienden, no son posibles, si de por medio no hay teclas: las de un ordenador, del teléfono móvil, el Iphone, el Ipad, las consolas cuasi galácticas, el MP3, MP4, ya superados por el Ipod. Es este un nuevo lenguaje, un nuevo idioma para esos hombres y mujeres nuevos. En el que se desenvuelven con mucha alegría y determinación, con extrema seguridad, y en cuya utilización asumen papeles y responsabilidades que a priori no les corresponden.

Hay, en este particular, una imperiosa necesidad de ordenación de roles y atribuciones. Los niños deben seguir siendo niños. La adolescencia es una etapa de aprendizaje y rebeldía, claro que sí, y no hay que negar ni lo uno ni lo otro, y por ello, es esa una etapa en la vida de un-una joven en la que es crucial el papel que ejercen los adultos que le rodean, para, dentro de un orden, ir orientándole por el camino más proporcionado. Hay que dejar manga ancha a esa rebeldía, a la insubordinación en busca del Yo socrático; es decir, en la búsqueda individual del alma que sería la razón y la idiosincrasia moral e intelectual de cada persona. Sin duda hay que permitir al contestatario y curioso impulso adolescente un margen de desahogo para evitar indeseadas frustraciones y peligrosas nostalgias de lo que nunca se ha llegado a vivir. Pero teniendo cuidado de no dejarlo, eso nunca, fuera de control. Él, ella, debe sentirse libre, tener la sensación de que toma sus propias decisiones, y que, por tanto y en consecuencia, hace las cosas que más le convienen. Debe sentirlo aunque no sea así. Es un equilibrio bien complejo el que requiere esta relación adolescente-adulto nunca exenta de indeseados fracasos. Y aquí retomamos el argumento anterior: en la diaria utilización de los numerosos nuevos aparatos que el mercado pone al alcance de cualquiera, el adolescente, y en no pocas ocasiones el preadolescente, desarrolla formas adultas de actuación que, entre otras cosas, en su mayoría requieren unas obligaciones y un esfuerzo económico que, como es natural, él, ella, no puede asumir al carecer de la suficiente formación y experiencia, y de una fuente de ingresos lograda mediante el celo preciso y dentro de la legalidad. Hay que dejar, pues, holgura, pero siempre cuidando de que la situación no deje de estar bajo control. Y queda mucho camino por delante. Está claro que la rapidez con la que se ha extendido la informática, y con ella las tecnologías audiovisuales en general, nos ha cogido a traspies, dormidos aún. Ha sido un tsunami tecnológico que nos ha absorbido antes de haber podido vislumbrar las consecuencias. Pero, ahora que las sabemos, hay que buscar las formas más sensatas de poner los márgenes al río para que el agua fluya razonablemente y limpia por su cauce. No es fácil hacerlo. No llegados al punto delicado que hemos tocado. No es fácil negar al joven individuo atribuciones que siguen ostentando los demás miembros del grupo. Ha

de ser, pues, una operación educacional total y desde arriba, generalizada, en la que estén implicados todos los estamentos y las voluntades.

Y entre todos los aparatos “amigos”, de entre todos ellos, destaca uno por sus posibilidades casi infinitas; por su capacidad global: el ordenador. Ese “compañero” ya inseparable que también se encarga de conseguirles nuevas amistades, “colegas” virtuales (aquellos “fantasmas”). Quince años. Hace quince años de nada. Quién podía imaginar por entonces (además de Manuel Castells y otros pocos gurús de la era de la información) que a estas alturas íbamos a gozar de los volúmenes de información de que disponemos. Sin duda somos, jóvenes y no tan jóvenes del alba del siglo XXI, somos, sin duda, *Homo informatus*. Bombardeados de buenas y malas nuevas a todas horas, cada día de la semana; por radio, televisión, Internet... ¡Ah, Internet! La palabra clave, el lugar indicado. Donde todo se halla y todos se encuentran. Internet. El lugar etéreo en el que rige una ley distinta (¿la de la jungla?), incompatible con la de la vida real. Pero ¿quién sabe cuál es la vida real a estas alturas de la novela? Aturde pensar en la respuesta idónea. La vida diaria está tan sujeta a lo que ocurre en ese mundo informatizado, y viceversa, y esto es así de tal manera, que ambos existen ya confundidos. Tanto como quienes en ellos habitamos. Coexistimos barajados entre esos dos universos diluidos el uno en el otro.

Ellos y ellas, jóvenes, adolescentes, no conocen otra cosa. Nacieron en el momento del estallido, del *big bang* de la informática doméstica, y su memoria no alcanza a recordar otra cosa. Aquí en España, no hay que irse muy lejos (no hay que irse), en cualquier comunidad autónoma, provincia, ciudad, en cualquier pueblo, les hablas de pesetas y es igual que si hubieras mentado la Guerra del Peloponeso. A pesar de que la fecha del cambio oficial de la peseta al euro fue el 1 de enero de 2002, esos chicos y chicas nacidos a mediados de los noventa pertenecen decididamente a la *Era Euro*. Han convivido prácticamente la mitad de su vida con la antigua moneda, y para estos, estas jóvenes, la peseta no es más que eso mismo: un elemento antiguo; usado por sus padres, por sus abuelos. Generaciones “superadas”. Otro escollo.

En ocasiones es mareante darse cuenta de que la vida de la mayoría de los humanos gira en torno a “herramientas” que no existían hasta hace menos de lo que recordamos. *Youtube*, por ejemplo, de cuándo es YT. ¿Verdad que parece que está ahí desde toda la vida, desde hace muchos años? Pues resulta que el primer vídeo que se cuelga en YT es de abril de 2005. ¡2005! ¿Es posible? Y la vida de tantos millones de personas que ya sería impensable sin ese “complemento”, y sin las redes sociales, ¿qué me dicen de las redes sociales? Mark Zuckerberg fundó *Facebook* en 2004, y hoy hasta el presidente de los Estados Unidos lanza mensajes al planeta entero a través de esta otra “herramienta” creada por un chaval de 19 años. Esto dice mucho de la situación: un joven sacándose de la chistera el “arma” que necesita la juventud para relacionarse y mantenerse en contacto tal día como hoy; y a tenor de la edad de los usuarios, también los y las no tan

jóvenes. Engancha mantener relaciones con conocidos o desconocidos parapetados tras la pantalla del ordenador. Suplantando incluso identidades.

Es esta, asimismo, la época de la renovación vertiginosa de aparatos y sistemas, de la innovación urgente de tecnologías que convierten en obsoletos, y en ocasiones casi ridículos, aparatos que ayer mismo (que esta mañana) eran la más sorprendente novedad en el mercado. Se trata de un impulso impetuoso y a todas luces enfermizo (patología propia de este siglo XXI, que con poco más de diez años se mueve en una mareante espiral que no cesa, y que es difícil que ya pueda frenar así de pronto, sin que medie un cataclismo como el que en su día fue capaz de exterminar a los dinosaurios). Un impulso, este, desconcertante y que afecta de forma definitiva, cómo no iba a ser así, a la especial manera (al método) de estructurar el cerebro de esta *ciber-juventud*, de la *ciber-adolescencia*, sujetas, con la más absoluta normalidad, a los cambios apremiantes y apresurados que exige este principio de milenio. El *móvil* ya no me sirve, la *tele* ya no me sirve, la cámara fotográfica ya no me sirve, por supuesto, el PC y el portátil ya no me sirven, ni el reproductor de música, ni el de vídeo (¡qué digo vídeo! Pero ¿qué es eso?), el DVD. Nada me sirve y gira la rueda, el tiovivo de la nueva era, el carrusel obsesivo de la información/renovación/información, de la saturación y el no parar. No hay tiempo para el sosiego. Si hay algo que define esta época post-espacial, eso es la rapidez. No hay descanso, si algo/alguien está quieto es que está muerto; no hay otra explicación. Y se le dedica un tímido adiós a través del pequeño ojo de buey de la nave que nos lleva y que no para (y que no para), y pronto (mucho) habremos olvidado ese cadáver nada exquisito para adorar a las nuevas vacas sagradas de la información, de la informática y la telemática, de la macro-telecomunicación.

Lo rápido, vemos, es uno de los aspectos que bien definen esta etapa histórica rara (por no existir nada parecido). La rapidez, y esta aplicada al consumo sin medida; excesivo; manipulado. Hablamos pues de consumismo, no de mero y necesario consumo.

No es que sea malo, todo lo contrario, pero en un momento así es cuando más alerta debemos estar. Como la mayoría de las cosas, algo es o no válido, peligroso o inocuo, dependiendo del uso que se le dé. Un martillo es tremendamente útil para construir una casa de madera. Para poner en esas paredes, ese tejado y esos suelos, cada clavo en el sitio que corresponde para que su función sea la correcta. Pero ese mismo martillo, tan rentable e inofensivo, puede convertirse en un arma primitiva y letal empuñada por la misma mano, o en un puntero, o en un palo de mini-mini golf. Información desmedida a través de cualquiera de los mass media a nuestro alcance. Activos o pasivos. A través (¡vaya, aquí está de nuevo!), a través de Internet. Información buena e información mala; filtrada o en bruto; con las peores intenciones o tremendamente bien intencionada y profesional. Académica, ilustrada, respetuosa y sabia, o inculta, vulgar, errónea e inapropiada. Es el cuento de siempre: los dos polos. Nunca antes en la

Historia hemos contado, ni de lejos, con los inverosímiles niveles de información y las posibilidades aparentemente infinitas con los y las que contamos ahora. ¿Cómo no va a ser esto bueno? Vuelvo a formular la pregunta: ¿Cómo no va a ser esto soberbio? Con este panorama cambian radicalmente las relaciones afectivas y las profesionales; el sistema educativo, las formas académicas y de aprendizaje; se da un vuelco de ciento ochenta grados a los métodos profesionales, tanto en su contenido como en las conexiones entre firmas y personas. Es magnífico, enteramente fastuoso. Ciencia ficción hace menos de veinte años. Las religiones son ahora *ciber-cultos* que buscan sus devotos entre los usuarios de la Red, que los informan a través de ella. Dios, los dioses no son de este mundo, sino del WWW (world wide web).

Ahora solo hay que imaginar una herramienta inmensamente poderosa como esta, convertida en un arma para devastar (el martillo en atizador de cráneos), para obtener fines dudosos: el resultado puede ser espeluznante hasta el punto de no tener capacidad para imaginarlo. ¡Viva la era de la información a raudales! Sí, ¡viva! Y el 3D y la alta definición (HD en sus siglas inglesas: *High Definition*), y la televisión digital y por cable (“multi-menú”), bienvenido sea el catálogo de novedades tecnológicas que pueden hacernos la vida fácil (y mucho), pero que nos obligan, no nos engañemos, a estar ahora más atentos que nunca. Y si los adultos corremos peligro, ¿cuál puede ser la situación real de esas personitas en proyecto a las que hemos llamado *ciber-jóvenes*, y que por su mera calidad y cualidad de adolescente lógicamente cree estar siempre haciendo lo correcto?

Junto a esos enormes e indiscutibles beneficios que aporta la Red, que nos permite la comunicación en tiempo real desde un extremo del mundo al otro, están los peligros y la necesidad (para todos) de hacer un uso prudente y responsable de la herramienta para no convertir el regalo en una tortura que puede llegar a cambiar para mal (para muy mal) nuestras vidas.

Estafas bancarias, abusos de todo tipo, utilización ilegítima de datos personales, *Cyberbullying* (acoso psicológico), pornografía infantil,... Es una jungla, permítaseme la trampa en la expresión, en cuya Red corremos un serio peligro de quedar atrapados. Como fletanes virtuales. Igual de indefensos. Expuestos.

Y muchos de estos riesgos nos llegan a través del sinfín de programas gratuitos que encontramos en Internet. El brillante investigador de la comunicación Gonzalo Álvarez Marañón alerta al respecto a los usuarios con una juiciosa reflexión. Nos invita a pensar, la próxima vez que descarguemos un programa gratuito, en que este tal vez no lo sea tanto como se anuncia: nuestros datos personales pueden ser el precio que pagaremos por él. (Álvarez Marañón, 2002)⁽³⁾.

(3)

Álvarez Marañón, G. (2002) “Spyware: software espía en Internet”. Boletín del Criptonomicón #89. Instituto de Física Aplicada del CSIC.

2. Tecnología aplicada: del Teatro Artesano al Tecno-Teatro

Apuntadas a grosso modo las circunstancias tecnológicas a las que a diario debemos enfrentarnos, los beneficios y peligros universales que cabalgan a lomos de “nuestras” nuevas tecnologías, y el tipo de uso que de estas puede ejercer la juventud (la adolescencia), es interesante comprobar el desarrollo de estas ventajas y riesgos aplicados a una disciplina concreta.

Una materia que me ha parecido especialmente apropiada para el caso, no solo porque en ella desarrollo mi actividad profesional desde hace casi tres lustros, sino por su alcance humanista total, es el Teatro (así, con mayúscula, aunque solo sea por una vez). Y dentro de la consideración global de este arte, nos interesan tanto la aplicación de las nuevas tecnologías en la puesta en escena, e incluso en el proceso de escribir dramaturgia, (la nueva concepción del teatro, de la creación para la escena) como la aplicación de las mismas en la gestión teatral, y, por extensión, en la gestión cultural.

2.1 Teatro, arte intelectual integral

El teatro, en cualquiera de sus manifestaciones y formas, ha tratado en cualquier época de reflexionar sobre el devenir de hombres y mujeres en la superficie de la Tierra. Ha indagado acerca de la vida y de la muerte, del amor y el desamor, de las relaciones sociales y políticas, de la naturaleza, lo rural y la gran urbe, el progreso; en definitiva, el teatro, como arte intelectual integral, ha “hurgado” con su enorme y curiosa cuchara, en la herida del ser humano; también en la alegría (me ha parecido excesivo hablar de “felicidad”). En el existir o no existir.

El teatro, desde Sófocles y Esquilo, pasando por Shakespeare, Lope de Vega, Tirso de Molina o Calderón de la Barca, Oscar Wilde y la Ópera, o Stanislavski, el teatro Kabuki, Goethe, Buero Vallejo y Lorca. Bernard Shaw, Beckett, Ibsen, Pirandello. Arthur Miller, Harold Pinter, Sarah Kane, Tom Stoppard, Edward Albee, Broadway... En cada época ha ido adoptando las maneras y las formas correspondientes. Evolucionando. Buscando, dentro de las posibilidades de cada momento, la mejor manera de expresar las necesidades humanas; los vacíos. Con mayor o menor ironía, sarcasmo o dramatismo, los entresijos de las relaciones entre humanos.

Y así, hay varios momentos especialmente cruciales, en los que el teatro se ve obligado a adaptarse a exigencias extraordinarias. Uno de ellos se da cuando en el siglo XIX la Ópera alcanza el mayor de sus auges, especialmente en determinados lugares de Europa como Italia o Alemania. Es importante, en esta materia, afrontar con toda naturalidad y la coherencia requerida la situación “nueva” que, en este caso, vive entonces el teatro. Y lo haremos de la misma manera que, varias páginas antes, hemos comprobado la necesidad de enfrentarse a la Historia aislando cada momento estudiado de ese futuro que ya ha sido y que, por tanto,

nosotros conocemos bien, pero que ellos desconocían por completo. Aislémoslos, pues. Tengamos bien en cuenta que lo que en cada momento histórico concreto se va dando es exclusivo, no se conoce el futuro que navega desde ese punto exacto hasta nuestra realidad presente; se desconocen cualquiera de los iconos culturales, científicos, sociológicos o de cualquier tipo que a nosotros nos van sirviendo de referencia desde entonces (y entendemos por "entonces" cada una de las situaciones históricas pasadas que por una u otra razón acapare nuestra consideración), pero que para aquellos hombres y para aquellas mujeres, no existen, no aún. Su realidad es sin duda la "última", en sentido de "novísima". El ser humano viajará a Marte; tal vez instale colonias de habitantes fuera de nuestra atmósfera, de nuestro sistema solar o nuestra galaxia. Compartirá su vida con robots fabricados por él mismo, se enamorará y podrá casarse con esos mecanismos que estarán dotados de conciencia y sentimientos (con algún depósito en algún recóndito lugar escondido, con el agua salada de las lágrimas). Nos tele-transportaremos. Emigrar de un lugar a otro, por lejano que esté el uno del otro, será cuestión de un simple chasquido de dedos. Pero no hablo de Madrid a Alcoy, ni de Alcoy a Nueva York. Con la sola intención de movernos, podremos viajar sin problemas desde cualquier punto del mapa hasta otro punto similar del universo a siete o siete mil soles de distancia, donde nos espera nuestra jefa, nuestra clienta, nuestro socio o nuestro amante. Todo eso sucederá, ¿por qué no? (que le vengan a Julio Verne con futuros imposibles). Sucederá, pero la realidad, nuestra realidad, es la que llega hasta hoy. Y mañana, los dioses dispondrán.

Pues eso, todas esas elucubraciones las trasladamos al asunto que nos ocupa, en el lugar y el momento fijado. Y lo hacemos con el fin de considerar en su justa medida el auge del teatro, y luego de la Ópera, como parte importante del entretenimiento y el ocio cultural. De la propia evolución del ser humano. Hay que tener en todo momento presente que estamos hablando de unos años en que las tecnologías, las nuevas tecnologías de entonces, andaban todavía alejadas de presentarnos el cine como el espectáculo comercial que hoy conocemos. No obstante, los hermanos Lumière, Auguste y Louis, estaban a punto de poner la primera pica de lo que no tardaría, con todo merecimiento, en lograr la consideración de *séptimo arte*. El 25 de marzo de 1895. Para hacernos una idea: solo trece años después del estreno de la última ópera de Wagner, *Parsifal*, y dos de la última de Verdi, *Falstaff*. Uno antes de *La bohème* de Puccini, y diez de la *Salomé* de Strauss (Richard, claro), basada en la obra teatral homónima que Oscar Wilde escribió originalmente en francés en 1893, y que se publicará en inglés un año más tarde, y que fue estrenada en París en 1896, un año después de la "hazaña Lumière" y de los estrenos de *The Importance of Being Earnest* y *An Ideal Husband*, que tenían lugar mientras Wilde se consumía tristemente en la cárcel. Aparentemente la ópera de aquellos grandes nombres (de aquellos grandes hombres) pertenece a otra época distinta a la del cine. Pero no, este párrafo demuestra que están en la misma Edad.

2.2 Cine, hermanos Lumière, nuevos planteamientos

25 de marzo de 1895, Auguste y Louis Lumière se levantan aquella mañana soleada dispuestos a hacer algo hasta entonces único, y que, sin que ellos pudieran intuirlo en aquel momento, iba a hacerles pasar a la historia como los padres indiscutibles del cine (dejemos de lado la intensa batalla con otro grande, Thomas Alva Edison, por la patente del cinematógrafo), del documental, e incluso, por qué no iba a ser así, de un nuevo periodismo que dejaba poco margen a la imaginación, que por razones obvias todavía tardaría en llegar, y en el que ya no solo tendría importancia lo que se contaba, la narración más o menos literaria y fantasiosa del acontecimiento, sino, sobre todo, ver con los propios ojos la forma en que este ocurría. Imágenes. Ciertamente un milagro por aquel entonces. Precursores pues, también, de lo que décadas después sería uno de los inventos de mayor repercusión, hasta el punto de modificar definitivamente y de forma radical la manera de relacionarse en la calle, y sobre todo en los hogares de todo el mundo: la televisión. En esa fecha, por primera vez en la historia de la Humanidad, alguien (ellos) era capaz de grabar imágenes en movimiento y reproducirlas cuantas veces fueran necesarias. En concreto, la de aquella mañana a la que acabo de aludir, se trataba de la hoy archiconocida película *La sortie des ouvriers des usines Lumière à Lyon Monplaisir* ("La salida de los obreros de la fábrica Lumière en Lyon Monplaisir") con esa bella coreografía de apenas un minuto de duración. Recomendando, si aún no la han visto, que no se la pierdan (en *Youtube* es muy fácil de encontrar). Con esa coreografía de hombres y mujeres saliendo alegres y saltarines a izquierda y derecha. Ellos con canotier, o con gorra, ellas con los historiados vestidos de la época, y gorros sujetos con grandes lazos bajo la barbilla. Perros, delanteles, bicicletas. Es un baile feliz el de todas aquellas personas. Una danza ritual.

Y a los humanos de aquel entonces les ocurría lo opuesto a lo que nos sucede hoy en día. No podían imaginar cómo sería la vida pudiendo captar imágenes de la realidad y llevarlas más allá. Reproducir las en cualquier momento y lugar. Hasta entonces esto no existía. Todos nosotros hemos nacido ya entre imágenes fijas y en movimiento. Nos cuesta pensar que alguien pudiera vivir sin tantas referencias, herramientas y artefactos, que hoy, para los hombres y mujeres del siglo XXI, son cotidianos como el dormir o el comer, y que, muchos de ellos, tanto han aportado al progreso de nuestras sucesivas, solapadas sociedades. Sin embargo, es evidente que al no tenerlas tampoco podían echarlas de menos y vivían (nadie puede negarlo) a la última (ya lo hemos visto); tan felices. De la misma manera que nosotros hace veinte años (que no son nada, como bien cantaba Gardel) no podíamos añorar los ordenadores personales, ni los teléfonos móviles, ni la Televisión Digital Terrestre, por no hablar de otros órdenes como la Medicina, las nuevas técnicas de cirugía, el láser, los medicamentos mucho más eficaces debido entre otras razones a los avances en Química... Y sea el orden que sea donde nos estemos moviendo, en el progreso todo tiende a estar interrelacionado en una compleja red de *pluri-beneficios*. Las evoluciones parciales están conectadas de tal manera unas con otras, que finalmente se traducen en una misma evolución total. En el desarrollo con mayúsculas.

Retomando la proeza de los Lumière, comprobamos que en muy pocos años se pasó de contar únicamente con el teatro, incluso en esa vertiente de espectáculo total que es la Ópera, con las representaciones sobre las tablas de un escenario, a captar esas funciones con la cámara cinematográfica; a guardarlas con la posibilidad de reproducirlas en el tiempo y el lugar elegido. Y llegados a este punto, viene al caso recordar el célebre film *Le voyage dans la lune* (*El viaje a la luna*) de Georges Méliès, rodado tan solo en 1902, que fue pionero tanto en la progresión de la historia que narraba, como en las brillantes ideas para desarrollar los efectos especiales. Además de asentarse ya de forma definitiva la utilización de esta nueva tecnología, de este reciente método que avanzaba veloz como la pólvora prendida, para crear obras de ficción y difundirlas. Muy pronto sería perfeccionado el sistema de reproducción de copias, y con él no tardaría (nada) en llegar la distribución comercial y muy, muy pronto, el gran negocio que tendría como centro neurálgico Estados Unidos, y más concretamente California; la cálida Costa Oeste (aunque la cosa comenzó de forma fugaz en el Este). *West Coast*, Hollywood, la que hoy por hoy, aunque quizás ya solo sea por presupuesto y melancolía (ya que los estudios cinematográficos, por razones que ahora no vienen al caso, fueron dejando la histórica localidad para asentarse en la zona de Los Ángeles), la que hoy, decía, sigue siendo considerada la *meca* del cine.

Al principio reinó confusión. Cuando la nueva técnica audiovisual empezó a servir de vehículo para contar y difundir historias de ficción (un terreno en el que el desbordante talento de Méliès fue crucial, como hemos visto). Un desconcierto aquel que relacionó de forma muy directa al naciente cine y al viejo teatro hasta llegar a provocar un serio temor por la continuidad de este si aquel llegaba finalmente a desarrollarse (como parecía que iba a suceder) hasta el punto de llegar a implantarse como nuevo paradigma de ocio y cultura. Siempre ocurren estas cosas cuando un nuevo elemento entra en juego. Sobre todo si este factor es inesperado y, para colmo, se extiende con rapidez y firmeza. Sucedió, como digo, con el teatro a la llegada del cine. Con la radio, cuando la televisión demostró su imparable e prominente expansión y con ella su poder, incluso con esta como tal, como la hemos entendido hasta ahora, con el desarrollo milagroso de la computación, de la telemática. Con los periódicos de papel, por la misma razón. En fin, que las novedades que nos llegan quién sabe de dónde siempre traen sorpresas dentro de la chistera, propiedades idiosincrásicas, que nos hacen temer por la pervivencia de elementos asentados y bien asentados en nuestra cotidianidad. Miedo al cambio definitivo. A veces ocurre, otras muchas no.

2.3 La esencia del teatro

El teatro, por irnos centrando en lo que nos ocupa, y como nadie desconoce, no sucumbió ante el “ataque” del cine. Se fueron separando de forma rápida. Era evidente que nada tenían que ver las técnicas de uno y de otro. Nada. Pese a basarse ambos en la imagen pura y dura, su origen, desarrollo y finalidad son radicalmente distintos. Uno, el teatro, requiere la

presencia directa del público en el mismo momento en que se está creando. El actor, la actriz, sienten el entusiasmo o el tedio o la prisa que profesa el espectador que se lo transmite. En este sentido es un acto interactivo, un intercambio: los y las artistas tratan de dar durante dos horas lo mejor de sí, y el público, queriéndolo o no, les hace saber las sensaciones que en él desata la interpretación de aquellos. Sin embargo, las normas se hacen cada vez más flexibles, y más adelante veremos que tal vez hoy por hoy, y debido a la aplicación de las nuevas tecnologías a las artes de la creación teatral, tal vez ya no sea siempre tan necesaria esa primera exigencia del teatro, que es contar con un público presencial que convierte el acto en cuestión precisamente en eso: en teatro.

Y aunque no faltan puristas (y en ocasiones no solo puristas sino meros aficionados prevenidos) para quienes son terminantemente inaceptables algunos de estos cambios derivados del uso de las últimas o las penúltimas ciencias aplicadas, aunque esto es así, también lo es el hecho de que todo el teatro, sea cual sea su forma y manera de manifestarse, su época y su dimensión, no puede, hoy en día, en pleno 2011, volver la vista a las nuevas tecnologías. Las que hoy nos tocan. Como en el pasado paulatinamente ha ido ocurriendo; transformándose el teatro, poco a poco, en lo que en la actualidad ha llegado a ser. Gracias a esa evolución. Aunque hay líneas que si se traspasan acaban por aniquilar el espíritu mismo de ese arte tal y como estaba concebido y aceptado, lo convierten en un no sé qué diferente, y es importante velar por que esto no ocurra, o por que, si se llega a dar, sean dos realidades las que surjan de esa aplicación: la de lo que ya había (que en este caso sería el teatro tal y como lo conocemos, evolucionado, pero no desvirtuado), y una nueva verdad surgida de la modificación sustancial de eso que ya existía, y que puede ser, a priori no hay por qué pensar que no, igualmente válido.

El propio George Bernard Shaw, Premio Nobel de Literatura de 1925, dramaturgo fundamental y especialmente intuitivo, consideraba que el progreso es cosa de los hombres y mujeres “no razonables” ya que, en contra de la actitud de los seres razonables, que siempre encuentran una razón y una manera adecuada para adaptarse al mundo, esas personas no razonables, como él mismo las denominaba, intentan siempre adaptar el mundo a su propia satisfacción y conveniencia, y con ello logran el prodigio (el sustantivo es mío) del progreso. Es, por tanto, que no debemos, a pesar de los pesares, escatimar cualquier relámpago que en medio de la noche nos regale nuevas ideas y posibilidades. En ocasiones son una fortuna. Una suerte. Un favor.

Esto es importante. Estoy de acuerdo con el maestro, aunque siempre, siempre, hay que huir de malos prejuicios. Como decimos, el producto resultante no tiene por qué ser obligatoriamente de la misma naturaleza, aunque por milagro compartan idéntica esencia, la misma génesis.

Es crucial evolucionar. Ir subiendo escalones hasta donde nos lleve el talento de ser humano, esa fuente aparentemente inagotable, fructífera en

buena medida gracias a que está en constante competencia consigo misma. El ser humano contra el ser humano en deportiva disputa. El ser humano con el ser humano. Los logros son de todos, y así los utilizamos para seguir ascendiendo los peldaños de aquella escalera. Los éxitos son de todos, y también los fracasos. Es sano recordar en momentos así la opinión de Einstein acerca de la ignorancia. Según el científico todos los seres humanos, sin excepción, somos ignorantes, pero el caso es que no todos ignoramos las mismas cosas. Por eso es importante que los resultados sean globales. Y sí, es crucial evolucionar; este combate interhumano a que nos estamos refiriendo es el que nos faculta para el progreso, para vencer los obstáculos que vayan saliendo al paso. Trabas que muchas veces tienen más que ver con ficciones que con realidades. Con nostalgias, que son pesadas anclas, oxidadas en las arenas profundas del pasado. Que no permiten al barco seguir avanzando, dejando a su paso olvidada una estela sutil pero necesaria.

Nostalgias. Esas tristezas cargadas de melancolía. Ese quedarse colgado mirando hacia el horizonte pretérito. A los horizontes antiguos, con perspectivas remotas. Esa tristeza que causa placer al revivir lo que nos hizo felices, o todo tipo de agentes que confluyeron en esa etapa de nuestra vida que se ha quedado ya grabada como azúcar glaseada en la memoria. Pensar el teatro con las cuerdas de grosor considerable para subir y bajar los decorados. Con los sacos pesados para calibrar y afirmar los niveles; ese artístico mundo de los telones pintados... Pues claro que no es lo mismo un *Il trovatore* como el que los hermanos Marx plasman en *Una noche en la ópera* (Sam Wood, MGM, 1935), al que, por poner un ejemplo clarificador, lleva a la escena Robert Carsen en 2007 para celebrar la 60 edición del Festival de Bregenz, en Austria. Salvando bromas y geniales disparates, aquella viene a emular lo que en plena primera mitad del siglo XX venía a ser una representación de ópera; las entrañas de una función de esas características; la de Carsen, una versión nada tradicional de la ópera de Verdi, es una muestra de lo que es el teatro, un espectáculo de ópera, en estos inicios del siglo XXI. Los tiempos son otros, los efectos son otros. Las pasiones las mismas. Telas y cuerdas, modesto cartón-piedra, casi doméstico, contra acero y lenguas de fuego; forzosa contención contra grandiosidad. Y mucho tienen que ver en todo ello las nuevas técnicas y maneras teatrales, las últimas tecnologías aplicadas a la escena. Las más recientes técnicas de canto, y los actuales conocimientos médicos acerca de cómo utilizar la anatomía de la mejor manera para emitir el sonido (la voz) de la manera más eficaz, de cómo ha de mantenerse, preservarse... Y es que hoy no se canta igual que hace ochenta, cien años. No es lo mismo un Duque de Mantua interpretado por Enrico Caruso en los primeros años del siglo pasado, que ese mismo rol de *Rigoletto* cantado por Jonas Kaufmann. Evolución. Caruso fue el primer cantante que grabó su voz, y que lo hizo con fines comerciales. En los últimos veinte años de su vida llegó a vender más discos (muchos más) que algunas de las estrellas de hoy en día. Pero el negocio no había hecho más que empezar. Ahora, 2011, millones de grabaciones, incontables sistemas de registro después (de reproducir ese sonido), es razonable que las técnicas de canto hayan ido

desarrollado, por imitación, hacia un mayor perfeccionamiento. Hoy tendemos a no dar importancia a asuntos cuyo conocimiento ha sido superado ya hace años. En general no nos paramos a pensar en ello; en que Caruso, por seguir con el mismo modelo, no tuvo la oportunidad de escuchar a sus antecesores, algo que sí pudieron hacer todos los cantantes posteriores. Aprender de la técnica de los más grandes cantantes de la historia a partir de ese momento. Sumar lo mejor de cada maestro en busca del método infalible. Y todo esto añadido al milagroso progreso en las tecnologías aplicadas a la medicina (los vertiginosos avances en la investigación) que han modificado las técnicas de tratamiento y prevención de los profesionales, y, por ende, el cauto comportamiento de los pacientes. Todo es distinto, cada día. Cada minuto.

2.4 Lo artesanal fomenta la creatividad

El teatro, como tantos trabajos y artes, ha perdido ese componente artesanal que lo caracterizaba y que obligaba a quienes de él habían hecho su oficio a ser especialmente creativos. Esta idea, como digo, se puede trasladar a muchas otras disciplinas. Un buen ejemplo sería la música pop, y, dentro de tan amplio concepto, quienes son icono indiscutible del género: The Beatles. Los cuatro chicos de Liverpool, John, Paul, George y Ringo, cuyas grabaciones son, en un sinnúmero de ocasiones, indiscutibles obras de arte por su carácter anacrónico; por estar repletas de una inagotable originalidad que los ha convertido con una abismal diferencia en la banda más influyente de las que han existido, habiéndose transmutado muchas de sus mágicas composiciones en estándares de jazz, bossa nova, samba e incluso de flamenco o música de cámara. Evidentemente, esto solo puede ser magia. La creatividad que emana de su talento (del de los cuatro, pese a quien le pese; aunque habrá que decir de los cinco por lo crucial del trabajo de su productor, George Martin, a quien no en vano se le conoce como el quinto *beatle*), decía que la creatividad que resulta de su talento les convierte en auténticos arquitectos de la música que componen; en pacientes artesanos que logran sonidos y efectos impensables en aquellos años sesenta, y que hoy se logran pisando un simple pedal o modulando una clavija. El estudio de The Beatles era, ante todo, un laboratorio de sonidos. Y volvemos en este punto a una idea que ya es una vieja conocida en este análisis: hay que enfrentarse a la historia conscientes de que cada momento en su devenir es el último, el moderno, el novísimo, y que el futuro (ese que desde nuestra perspectiva vital ya es pasado y por tanto conocemos) aún no existe. Esta es la forma más eficaz de valorar cada acontecimiento con la justicia demandada. Y esta perspectiva proporcionada es la que, en este caso concreto, nos permite comprobar lo grandes que eran los Beatles.

El teatro, como en general la música (etc., etc., etc.) ha dejado, pues, de ser artesanal, para convertirse en lo que podríamos denominar “teatro científico”, *tecno-teatro*. Las artes escénicas al servicio de la ciencia, y la ciencia al servicio de todas las artes y los órdenes de la vida. Ya nada volverá a ser como antes, pero, como hemos ido viendo a lo largo de esta

colección de reflexiones, cada invento, cada situación, cada idea puesta en práctica es importante en el momento concreto en que surge y, lo más relevante, es crucial para el progreso integral o absoluto, el del último día, el de hoy, que es la suma de todos los progresos, de todas las vanguardias que han ido siendo desde el principio hasta donde nos encontramos (que, evidentemente, no es el final).

Lo que “ayer” se hacía utilizando el músculo, la manualidad, hoy, en buena medida, se lleva a cabo a base de programaciones informáticas. Movimiento de decorados desde arriba y desde los lados (esto en escenarios que cuenten con unos buenos hombros); desde abajo y hacia abajo, a base de una sofisticada circulación de plataformas como en un matemático carrusel. La iluminación del espectáculo (tan importante hoy en día) también está, como no podía ser de otra forma, previamente programada.

La base es la misma, pero otro el resultado, hasta el punto de que en la ópera, por ejemplo, la puesta en escena y la escenografía han pasado a estar a la misma altura en importancia que las propias voces y la música interpretada desde el foso. A la misma altura, cuando, tal vez muy injustamente, no más arriba. Miren, por ejemplo, que hoy es norma general hablar del *Rigoletto* de Graham Vick, o de la *Tetralogía* de Willy Decker, o de *La traviata* de Pier Luigi Pizzi, o de la *Cavalleria rusticana e I pagliacci* de Giancarlo del Mónaco, o de *Il barbiere di Siviglia* de Emilio Sagi (o, o, o...). Todos ellos directores de escena (alguno, como Pizzi, también escenógrafo y figurinista). Las nuevas técnicas, las novísimas tecnologías que han posibilitado esas nuevas formas de hacer teatro, han ensalzado en el género lírico a estos profesionales hasta el punto de “suplantar”, nada menos (y nada más), los nombres de Verdi, Wagner, Mascagni, Leoncavallo, Rossini, y de tantos otros que se pongan por delante. Han ocupado su lugar en el particular cartel de los aficionados, entendidos, e incluso de las propias personas que trabajan en este tipo de arte teatral. ¿Dónde están en estos casos los directores y directoras musicales, los y las cantantes, las orquestas? ¿Dónde están? ¿En qué plano?

Y esta característica del nuevo teatro, y en particular y sobre todo del nuevo teatro musical, nos ha llevado, como en una gran cadena de acontecimientos, a muchas otras cosas más. Esa prioridad de la imagen frente al sonido (podíamos resumirlo así), que, como vamos viendo, existe en realidad aunque finalmente el resultado del espectáculo depende del TODO, esa prioridad de la imagen está llevando a convertir los teatros del mundo en auténticos platós de televisión, cuando no de cine. Con los últimos adelantos tecnológicos aplicados al único servicio de la escena. Estudios que para sí quisieran no pocos canales televisivos. Por supuesto que en alta definición y con el último grito en sonido. Cableado por toda la sala con hasta una veintena de posibles posiciones de cámara. Cámaras robotizadas, subtítulo, etc., etc., etc. Es esta una práctica que se extiende con la rapidez, la firmeza, y yo diría que también con idéntico ardor, con los que desciende la ladera la lava del volcán. Hoy es

absolutamente posible planificar, grabar y editar un DVD prácticamente sin salir del edificio de un teatro.

Pero ahí no podía quedar la cosa, y ahí no ha quedado. Ahora es algo normal (por habitual) acudir a un cine a disfrutar de una retransmisión en directo de una ópera desde cualquier escenario del mundo. En un cine de Madrid podemos, pues, ver la ópera que en ese mismo momento está sucediendo en París, Londres, Nueva York, San Francisco, e incluso en Sidney o en Tokio. Pero no solo desde Madrid, sino que esa misma ópera se ofrece al tiempo hasta a un centenar de países de todos los continentes. Vía satélite. En alta definición. Con los subtítulos que en cada lugar son pertinentes... Pronto, si seguimos en la línea ascendente, llegará el 3D. Y sumando.

2.5 ¿Dónde están las fronteras entre artes?

Actualmente las fronteras son cada vez más difusas entre las distintas artes y especialidades. Se diría que en ocasiones, muchas, estas barreras no existen siquiera. Tantas veces el teatro utiliza las maneras del cine y viceversa. Las normas del vídeo. Sergio Renán, Robert Lepage, La Fura dels Baus, Bob Wilson, son directores teatrales que por lo general van más allá. Que aplican en sus montajes grabaciones, proyecciones, imágenes digitales que se sirven de una falsa realidad, de una realidad manipulada, para desarrollar ese presente teatral que percibe el público. En su caso, en el de todos ellos, son elementos nuevos que se aplican a las viejas normas y claves del teatro. No hay peligro. Todo está bajo control. Es arte, en la mayoría de los casos, con sentido común y criterio. Sin embargo, nos hallamos hoy, al respecto, en una línea delgada y al mismo tiempo peligrosa. Es una hoja de doble filo. Hay que calibrar bien las aportaciones reales que al teatro ofrecen las nuevas tecnologías. Está claro que los nuevos jóvenes, las nuevas jóvenes (esos-esas a quienes hemos denominado *ciber-juventud*), necesitan muchos más estímulos a la hora de sentarse a ver un espectáculo. Desde su nacimiento habitan ya en la era universal del videojuego. El nuevo hombre, la mujer nueva, son seres sobre-informados. Esto está claro, pero, como decía, hay que medir muy bien lo que es una simple moda sin aportaciones implícitas, y lo que es un verdadero avance. Hay que aplicar, por tanto, la tecnología al teatro. Sí, hay que avanzar, evolucionar, buscar nuevos y fructíferos caminos; pero hay que hacerlo con mucha, muchísima cautela, porque corremos el serio riesgo de pasarnos de largo, de convertir esto en otra cosa que no es teatro. Desnaturalizada.

En este sentido, hay prácticas, *performances* supuestamente teatrales, en las que ni siquiera es necesaria la regla básica del teatro. Esa norma que le da el espíritu y la vida; que le otorga el sentido y la primigenia razón de ser: la presencia en un mismo tiempo y lugar del actor y el público, lo que algunos autores denominan la *co-presencia*. Y que es absolutamente necesaria para que el teatro sea teatro y no otra cosa. Pues bien, como he apuntado, existen montajes en los que ya no es necesaria esta condición.

En los que el público ya no tiene por qué estar en el momento o lugar, o en el momento y lugar, en el que el actor o los actores, la actriz o las actrices, realizan su trabajo escénico, y viceversa. Considero que difícilmente puede considerarse esta experiencia como teatro. Sin esa interacción artista-público-artista en tiempo y lugar exactos. Lo que desde los antiguos griegos, e incluso antes, ha venido siendo teatro en esencia. Arte vivo en contra del arte proyectado o grabado.

Y es que siempre que hay un avance se tiende a la saturación, para después encontrar, o no, el justo lugar en el la carrera del progreso. Y en el transcurso de todo esto está, cómo no, la experimentación.

Y en todo este entramado de búsqueda y preservación de la naturaleza y la sustancia del teatro, de las maneras y posibilidades del nuevo teatro (tecno-teatro, teatro científico), de nuevos-nuevas protagonistas, no debemos perder de vista al público. A ese cincuenta por ciento del alma del teatro, que debido a las nuevas prácticas emanadas de las últimas tecnologías de consumo particular, va cambiando sus prácticas. Al margen de las crisis financieras, que como tristemente hemos podido comprobar en estos primeros años del siglo XXI es ya por completo globalizada (puede comenzar en Washington, arrasar a su paso Europa entera y llegar con sus insaciables y avariciosos tentáculos hasta Asia y Oceanía), al margen de las crisis financieras, existen otras crisis propias de este tiempo de relaciones a distancia, a través de videoconferencias, o de las redes sociales, que permiten evitar verse en vivo, tocarse, estar presente donde lo está nuestro interlocutor. Son crisis relacionales, de sociabilidad. Los seres humanos necesitan cada vez menos de estar juntos en un espacio para disfrutar o relacionarse, para comunicarse unos con otros. Es una práctica, esta, parcialmente pasiva: ejercen en general la función activa de la relación (teclean la información, hablan a través de una cámara...), pero, si pueden, prescinden de trasladarse más allá de su propia habitación. Y esto, que está modificando de forma radical la manera de comunicarse de niños, niñas y jóvenes respecto a como lo hacían antaño, que, aparentemente, está variando ya para siempre nuestros más básicos hábitos en las relaciones sociales, personales, esto puede, cómo no, aplicarse a los usos, rutinas y costumbres del ser humano como público de un espectáculo cualquiera. Cada vez se utiliza con más asiduidad la tienda on-line en detrimento del comercio tradicional. Comprar sin salir de casa. Sin necesidad de poner el pie en la calle. Yo soy autosuficiente desde mi atalaya, que es mi propio domicilio, mi propia habitación, mi cama. Y digo comprar on-line, cuando no bajar películas, canciones, documentos, imágenes de forma ilegal a través de las numerosas páginas web que te lo facilitan, y en la que los usuarios comparten sus mercancías robadas. El ser humano como público tiende de esta manera a la soledad de su pequeño espacio. No necesita asistir a las salas de cine o de teatro, a los conciertos; todo podemos consumirlo en casa. Es fácil, cómodo, divertido. Y más aún, seguramente muchos trabajos bien remunerados pueden perfectamente desarrollarse desde cualquier lugar, sin necesidad de estar presente en la oficina con idénticos resultados.

2.6 Gestión cultural en la era de la información

No quiero zanjar la presente exposición de ideas sin referirme, aunque sea de forma breve, a la nueva gestión cultural generada por las nuevas maneras de comunicación e información que brindan las nuevas tecnologías.

Gestión cultural es el arte de coordinar y poner las bases necesarias para el desarrollo de cualquiera de las manifestaciones culturales posibles. La gestión cultural puede darse a gran escala, a través de los mecanismos de un ministerio o de un organismo internacional, o a más pequeña escala, desde una entidad o una institución concretas. Las sociedades necesitan la cultura ni más ni menos que porque es su razón de ser, su alma; el pasado, el presente, y a partir de aquí, el futuro de las mismas. Por esta cuestión, es difícil comprender por qué es precisamente la cultura la que sufre los primeros y más graves recortes en épocas de dificultades. Es simple y llanamente un suicidio. Dar hachazos rastrosos a lo que somos. ¿Acaso consideran la Cultura como un lujo? ¿Eso es lo que quieren hacernos creer que es? Pero ¿es que no es justamente todo lo contrario?

Las últimas tecnologías amplían el campo de acción de unos y otros responsables de esa gestión cultural, aunque los criterios de acción, el QUÉ, el POR QUIÉN, el PARA QUIÉN y PARA QUÉ, el DÓNDE..., deben ser adoptados de forma intelectual. Mediante la mera reflexión acerca del escenario verdadero, de las circunstancias fidedignas. Teniendo en cuenta en primer lugar las necesidades reales que indefectiblemente hay que cubrir, y, en segundo, los medios con que se dispone para hacerlas frente. La buena gestión es la que distribuye los recursos de la manera más equitativa, y, a ser posible, ocasionando el gasto menos elevado.

Las nuevas tecnologías no ayudarán a que tomemos mejor las decisiones, pero sí a que, una vez adoptadas, las pongamos en práctica de una manera mucho más eficiente. La comunicación entre los órganos políticos, entre estos y los ciudadanos y ciudadanas, es hoy mucho más amplia y fluida. Inmediata. El radio de acción, mucho mayor. Gracias a esas tecnologías, lo hemos dicho en más de una ocasión, disfrutamos de pleno de la era de la comunicación. La información masiva es lo que define esta época nuestra. La ciudadanía está perfectamente informada (en muchas circunstancias sobre-informada), y quien no lo está se diría que es porque se lo propone a conciencia.

Es evidente que ante esta circunstancia la gestión cultural debe estar orientada hacia la globalización. Todo debe estar orientado en esa dirección. Debemos compartir lo mejor de nuestra cultura y asumir los valores de otras. Entremezclarlos para crecer como civilización; en todos los órdenes de esa cultura; en todos los terrenos sin excepción. La gestión no debe pues tener ya fronteras que la opriman, hay que buscar alianzas dentro y fuera. Que nuestra cultura se expanda sin límites en connivencia con el resto de culturas, y que de esta manera lleguemos al mayor número de usuarios. La cooperación, las coproducciones. Crecer en comunión y con el ahorro como objetivo, en pro de una sola cultura multidisciplinar y plurinacional. Aspirar a lo universal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álvarez Marañón, G. (2002) "Spyware: software espía en Internet". Boletín del Criptonomicón # 89. Instituto de Física Aplicada del CSIC.

Capra, F. (2008). "La ciencia de Leonardo". Editorial Anagrama, Barcelona.

Castells, M. (1996). "La era de la información. Vol. 1 'La sociedad red'". Alianza editorial. Madrid.